

madre, y la creciente locura del primero, necesitan sin duda que el arte del poeta sea ayudado por una suma habilidad del actor; mas en la última, que excede quizá en sublimidad á todas, y que empieza tan grandiosamente con el paricida en el santuario, rodeado por las Furias dormidas, no se encuentra desde el principio al fin una sola escena en que un actor eminente pudiera mostrar sus distinguidas dotes. Al contrario, al examinar las tragedias de Sófocles, sentimos que el drama ha entrado en una nueva era; sentimos que el artista poeta ha elevado á su perfecta existencia al artista actor. Sus efectos teatrales (1) son palpables y verdaderos; no habria dificultad en representarlos mañana en Paris en Lóndres, donde quiera. Por eso, juntamente con Sófocles, pasó á la posteridad el nombre del grande actor de sus principales tragedias (2).

Tal es la diferencia entre Esquilo y Sófocles: ambos fueron artistas, como el genio debe serlo siempre; pero el arte del segundo se adaptaba mejor que el del primero á la representacion. Ni esta diferencia en el arte procedió puramente de la diferencia de tiempos, sino que subsistiría aun cuando Esquilo hubiera sido posterior á Sófocles, pues fué la consecuencia natural de la diversidad de sus genios: el uno mas sublime, el otro mas apasionado; el uno á propósito para exaltar la fantasía, el otro para mover el corazon. Esquilo es el Miguel Ángel, y Sófocles el Rafael del drama.

## EURÍPIDES.

Creemos inútil detenernos á hablar de Eurípides, pues no tiene nada de original en el arte; y cuidándose de la razon mas que de la pasion, es un reflejo de la filosofia que en la siguiente generacion adquirió predominio en Atenas, ora sutil y capciosa en los sofistas, ora magnánima y sublime en Platon y Aristóteles. Dotado Eurípides de un ingenio vigoroso como el que mas, de una fantasía brillante, de un sentimiento exquisito, no se abandonó á estas dotes con la confianza del hombre de genio, sino que quiso refundir y violentar sus cualidades con el estudio y la erudicion, con la argumentacion y la crítica minuciosa, que en vez de admirar las sólidas bellezas de Esquilo, se complacia en parodiar ó en censurar alguno de sus versos por medio de los diálogos de sus personajes. Tal es la causa de que á cierta clase de críticos Eurípides haya parecido alcanzar el último grado de perfeccion de la tragedia griega, siendo así que en él empezó la

(1) Los efectos particulares, no los del enredo.

(2) Polo Aulo Gelio refiere de este una anecdota, á saber: Que representando la *Electra* de Sófocles, en aquella escena en que le es presentada la urna, que se supone contiene las cenizas de su hermano Oréstes, Polo hizo le trajesen la urna en que estaban las cenizas de su hijo, de modo que sus lamentos fueron los de una verdadera conmocion. (ARRIANO en STOB. XC VII, 28.)

decadencia. Fué el primero que introdujo el prólogo, frio recurso para informar al público de los precedentes, cuando esto debiera resultar de la accion misma; llenó la tragedia de sentencias, en lugar de dejarlas surgir de los hechos; además que las suyas están tomadas del estudio anatómico del hombre, ya depravado por las pasiones y por las necesidades sociales, á diferencia de Sófocles, que las tomaba de un orden mas elevado de ideas.

No sorprenderá, por tanto, que de este modo de contemplar la naturaleza humana dedujese el desprecio á las mujeres, contra quienes prodiga, vengan ó no á cuento, las injurias mas villanas, faltando para ello hasta á la decencia, como cuando el jóven Hipólito habla de ellas en los términos que lo haria un hombre gastado en los vicios, ó uno que hubiese sido engañado por veinte amantes. De la misma fuente provino su aficion á los caracteres horriblemente sombríos y su mania de exagerar las atrocidades y las situaciones, por lo cual repetidas veces le censuraron los Atenenses, cuyo gusto era tan fino. Habíanlos acostumbrado Esquilo y Sófocles á ver en la escena las grandes vicisitudes de la vida humana; Eurípides quiso abrir una nueva senda al arte, sustituyendo á aquellas los pequeños accidentes ó la fuerza de la voluntad. Lo consiguió en efecto, poco á poco, y si bien tocó apenas el borde del abismo, arrastró á él á los que seguian sus huellas.

Á mas de otros, véase al mas reciente Ed. W. Kreyser, *Historia crítica tragicorum graecorum*.

## § 4. ARISTÓFANES.

*Se refiere á la Narracion, lib III, cap. 19.*

« Aunque se hayan estudiado cuantos libros quedan de la antigua Grecia, el que no haya leído á Aristófanes no conoce aun todas las gracias y bellezas del griego; » así decia Ana Dacier, de acuerdo con todos los críticos, añadiendo que despues de haber leído doscientas veces y traducido *Las Nubes*, no se sentia aun harta.

Esta última comedia es llamada por Aristófanes mismo excelente (*σοφιστικη*) y por su escoliasta la mas bella y artificiosa (*τὸ ἄρμα τοῦτο τῆς ὀλῆς ποιήσεως καλλίστον εἶναι φασι, καὶ τεχνικώτατον*). Fué representada en 424 antes de J. C., y ya que tanto se habla de ella sin conocer su argumento, analicémosla antes que ninguna. Pero el que quiera comprender su espíritu y sus alusiones, convendrá lea de nuevo lo que dejamos dicho en la NARRACION, lib. III, c. X.

Estrepsiades, viejo lugareño, que se ha cargado de deudas por mantener caballos, pasion de su hijo Fidípides, da principio á la comedia con el perpétuo tema de Aristófanes, declamaciones contra la guerra; y estando en el lecho, poco distante de su hijo, exclama (1):

(1) Nos valemos de la traducción del profesor Capellina (Turin, 1853).

« ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡por Júpiter! ¡qué noche tan larga! ¿Cuándo será de dia? Hace á lo ménos una hora que se ha oído el canto del gallo, y nadie se presenta. Nadie piensa mas que en dormir y roncar; no sucedia ántes así. Véte, guerra, en hora mala por muchos motivos, y porque no se me permite castigar á mis esclavos (1). Pero ese buen jóven tampoco se despierta por mas larga que sea la noche, y está esperando envuelto dentro de cinco cubiertas. Pues bueno, si así os parece, ronquemos tambien nosotros bien cubiertos. ¡Ay de mí! no me es posible dormir, porque me vuelven la cabeza los gastos y las deudas que ha echado sobre mí ese hijo. Y él, llevando una larga cabellera, anda montado; guia el corruaje; está soñando con hermosos caballos, al paso que yo mearruino; veo que la luna nos lleva los vientos de los meses, y corren los intereses (2). Muchacho, enciende la luz, y tráeme acá el libro de las cuentas para que lo tome y vea quiénes son mis acreedores, y haga el cómputo de los intereses. Déjame ver. ¿Á quién tengo que dar? Doce minas á Pásias ¿Y por qué doce minas á Pásias? ¿En qué las gasté? ¡Ah! ya recuerdo, fué cuando compré los caballos copatios (3). ¡Desgraciado de mí! ¡soga! mucho mejor hubiera hecho si le hubiese reventado un ojo con una piedra. »

FIDÍPIDES (*soñando*). Filon, me enfadas. Guia mejor.

ESTREPSIADES. Sí, este es el mal año que me ha perdido. Aun durmiendo está pensando en caballerías.

FIDÍPIDES. ¿De cuántas carreras se compone este combate ecuestre?

ESTREPSIADES. Á muchas carreras obligas á tu padre. ¿Pero qué otra deuda tengo despues de la de Pásias? Tengo que dar tres minas á Aminias por el coche y las ruedas.

FIDÍPIDES. Haz revolver el caballo por el suelo (4), y despues llévalo á casa.

ESTREPSIADES. ¡Infame! bien me has hecho revolver á mí, que me ví condenado á pagar las multas, sin contar que otros, por no pagarles los intereses, me están amenazando con un embargo.

FIDÍPIDES (*despierto*). Por Dios, padre, ¿por qué os atormentáis así, y no dormís en toda la noche?

ESTREPSIADES. Porque un dependiente de justicia (5) del pueblo me está consumiendo dentro de mis cubiertas.

FIDÍPIDES. ¡Oh! dejadme, querido padre, dormir otro poco.

(1) Durante la guerra estaba prohibido maltratar á los esclavos, por temor de que se pasáran al enemigo.

(2) El producto del capital se exigia cada mes.

(3) Caballo, marcado con la copa, cifra que indica el número 90, de cuya cifra sacaba su nombre, del mismo modo que se llamaba *samfóra* al que estaba marcado con la letra E.

(4) Así se usaba, cuando estaba sudado el caballo.

(5) Un demarco (*tribuno del pueblo*), que estaba encargado de los deudores del lugar y de obligarles á pagar.

ESTREPSIADES. Duerme cuanto quieras, pero tengas entendido que sobre tí caerán estas deudas. ¡Ah! ¡perezca de mala muerte la casamentera, que me indujo á casarme con tu madre! Yo llevaba una vida tranquila en el campo, sin tantas necesidades ó tanta elegancia, vida sencilla, pero tenia con abundancia abejas, gnanados y pulpa de aceitunas. Y despues, yo, hombre rústico, fuí á casarme con una de la ciudad; la sobrina de Megácles, hijo de Megácles, noble, acostumbrada al lujo, que se parecia á Césira (1). Despues de haberme casado con ella, me acostaba con ella yo, oliendo á mosto, á nasa, á lana, de la cual tenia con abundancia, cuando ella olia á pomada, á azafran; me daba besos poniendo su lengua entre sus labios; pasando los dias en gastos y golosinas; copiando en todo á Coliadas y Genetilides (2). No diré que dejase de trabajar en casa, pues se ocupaba en tejer; y yo, enseñándole este manto y valiéndome de este pretexto le decia: « Mujer, tejes demasiado espeso (3). »

UN ESCLAVO. Falta aceite, y va á apagarse la lámpara.

ESTREPSIADES. ¡Ven aquí, bribon! que te voy á ahogar.

ESCLAVO. ¿Y por qué? ¿Qué es lo que os irrita así contra mí?

ESTREPSIADES. Quiero que aprendas á poner en la lámpara una mecha que chupe ménos aceite. Cuando nació mi hijo, entre su madre y yo se suscitó una gran disputa acerca del nombre que debía ponersele. Ella, que no pensaba mas que en caballos, deseaba que se le llamase Jantipo, Caripo, Calípides (4); yo tenia empeño en que llevara el nombre de Fidónide, como su bisabuelo. La disputa duró hasta que intervino un amigo, el cual, asociando las palabras *Fidon* é *Hippides* formó el nombre de *Fidípides*. Cundo era mayorcito, su madre, tomándole de la mano, le acariciaba y decia: « Hijo mio, en » siendo grande sube á un coche, corre á la » ciudad, y entra en ella vestido de púrpura, » semejante á Megácles, tu tio. » Pero yo le decia despues: « En siendo grande, lleva á » pastar las cabras al Feleo, y viste pieles » como tu padre. » Mis palabras fueron inútiles: su mal se ha declarado. Dia y noche, la caballomanía le persigue cada vez con mas fuerza; enfermedad que consume mi ruina, dejándome sin recursos (5). Sin embargo, necesito dinero. ¡Oh! ¡Si el Cielo durante este insomnio me inspirase algun buen medio de salir del apuro!.... Perfectamente. Si no me

(1) Megácles, uno de los almeónides, jefe de la faccion aristocrática en tiempo de Pisistrato. Césira, mujer dada al fausto y delicada, esposa del mismo Pisistrato.

(2) Nombres de la diosa Venus.

(3) No ahorras la lana; no sabes hacer ahorros, ó bien con ironía, como dice el Escoliasta, enseñándole el manto ya viejo y echado á perder.

(4) Ἴππος, caballo, voz con que concluyen todos los nombres siguientes: — fidónides, parco, ecónomo, á quien gusta ahorrar.

(5) Me hacia contraer deudas para comprarle caballos y todo lo concerniente á caballos.



engaño, he encontrado uno, y si acierto á hacerse comprender á mi hijo, soy feliz. Pero antes es preciso despetarle de una manera apacible... ¿Y cómo?... ¡Fidípide, Fidipidito!

FIDÍPIDES. ¿Qué queréis, padre mio?

ESTREPSÍADES. Acércate. Bésame, y dame tu mano derecha.

FIDÍPIDES. Aquí la tenéis. ¿Y ahora?

ESTREPSÍADES. Dí, ¿me amas?

FIDÍPIDES. Os amo, sí: lo juré por Neptuno, domador de caballos.

ESTREPSÍADES. ¡Ah! qué torpes palabras! Excluye del juramento esa expresión *domador de caballos*, y si correspondes sinceramente al tierno amor que te profesa tu padre, pruébame lo con tu obediencia.

FIDÍPIDES. ¿Y qué debo hacer para probaroslo?

ESTREPSÍADES. Adoptar diferentes costumbres y ejecutar con celo mis órdenes.

FIDÍPIDES. ¿Qué órdenes son esas?

ESTREPSÍADES. ¿Las obedecerás?

FIDÍPIDES. Estad seguro de ello.

ESTREPSÍADES. Ven, y dirige hácia allí la vista. ¿Ves aquella puerta y aquella casuca (1)?

FIDÍPIDES. La veo, padre; pero ¿por qué me lo preguntáis?

ESTREPSÍADES. Allí está el conciliábulo de las almas sábias; allí las personas que disputan acerca del cielo, y dicen que es un horno, y nosotros todos carbonos. También enseñan, mediante algunos dineros, á ganar los litigios, sean justos ó injustos.

FIDÍPIDES. ¿Sabéis cómo se llaman?

ESTREPSÍADES. No lo sé á punto fijo; pero todos te dirán que es gente honrada y muy trabajadora.

FIDÍPIDES. ¡Ah! ya caigo. Son esos hombres miserables, orgullosos, con los pies descalzos y los semblantes pálidos, que tienen por jefe al infeliz Sócrates y á Querofonte (2).

ESTREPSÍADES. ¡Silencio! respeta algo más á ese sabio y su casa, y tanto por tu interés como por el de tu padre asiste á su escuela, y deja á un lado los caballos y el coche.

FIDÍPIDES. No. Jamas consentiré en ello, aunque se me den todos los faisanes que cria Leogora.

ESTREPSÍADES. Te lo ruego encarecidamente, amadísimo hijo: vé y aprende.

FIDÍPIDES. ¿Qué iría á aprender allí?

ESTREPSÍADES. Esos sabios, á quienes venero, enseñan, según se me ha dicho, dos modos de hablar; á uno lo llaman superior, y al otro inferior. Con este último aseguran que se ganan

(1) La casa de Sócrates. Como le dijese uno que era pequeña, contestó: ¡Ojalá tuviese el número de amigos suficiente para llenarla! Aquí empiezan los chistes contra Sófoeles. Es falso que tuviese conciliábulo ni *προνομιστήριον* en su casa; falso que pretendiese recompensa, pues el mismo Diógenes asegura que *μισθόν τε οὐδὲν εἰσπραξάτο*; falso que disputase sobre el cielo, ateniéndose siempre á la doctrina práctica.

(2) Querofonte, llamado también *επιπυρρῆς*, por ser delgado y moreno. Desde la niñez tenía relaciones de amistad con Sócrates. Era natural de Sétto, villa del Ática.

los pleitos más injustos; así, si tú pudieras aprenderlo, es indudable que yo no pagaría ni el más pequeño de los débitos que por tu causa pesan sobre mí.

FIDÍPI. Imposible que os obedezca. Si hiciese lo que me mandáis, contraería su palidez y extenuación, y todos los elegantes me señalarían con el dedo.

ESTREPSÍADES. Si es así, no comerás más de lo mio, ni tú, ni el caballo de tiro, ni el caballo de silla (1), sino que te sacaré de casa en hora mala.

FIDÍPI. Mi tío Megacles no permitirá que yo esté sin caballos. Voy á casa, y no me cuido de vuestros gritos amenazadores. (*Vase.*)

ESTREPSÍADES. Sin embargo, quiero hacer todo lo posible para restaurar mi fortuna; y después de invocar á los dioses, iré en persona á consultar á esos famosos filósofos, y asistir á su escuela. Pero siendo tan torpe, olvidadizo, y sobre todo tan viejo, ¿cómo podré aprender nunca sus sutilezas científicas? Suceda lo que suceda, voy á llamar. Muchacho, ¡ah, muchacho!

UN DISCÍPULO DE SÓCRATES. ¿Quién mete tanta bulla?

ESTREPSÍADES. Estrepsíades, hijo de Fidón, de la aldea de Cicine.

DISCÍP. ¡Por Júpiter! con llamar de ese modo, empleando tal furia é impetu, has hecho abortar de mi cabeza un excelente pensamiento que estaba á medio formar.

ESTREPSÍADES. Perdonadme, pues vengo de la aldea, y decidme algún rasgo de ingenio.

DISCÍP. La secta prescribe guardar silencio con todo el que no sea discípulo.

ESTREPSÍADES. Hablad, en ese caso, libremente; pues voy á ser condiscípulo vuestro.

DISCÍP. Si es así, oye. Pero, ten entendido que estas cosas encierran en sí un gran misterio. Hace poco que preguntó Sócrates á Querofonte, con motivo de haber saltado una pulga de las cejas de Querofonte (2) á la calva del maestro, qué espacio recorrían de un salto los pies de este insecto.

ESTREPSÍADES. ¿Y cómo pudo medirlo?

DISCÍP. Perfectamente. Calentó cera, é introdujo en ella los pies de la pulga; al enfriarse aquella quedó estampado allí el molde de estos, y entonces le fué muy fácil medir el espacio con el compas.

ESTREPSÍADES. ¡Oh qué talento tan admirable!

DISCÍP. Otro rasgo sé que te dejaría atónito.

ESTREPSÍADES. Hablad, hablad.

DISCÍP. Querofonte preguntó á Sócrates, si creía que los mosquitos cantaban por la boca ó por detrás.

ESTREPSÍADES. ¡Delicadísima pregunta! ¿Y qué respondió el maestro?

(1) Literalmente el *samfora*. Según el texto debe entenderse que era de silla, ó para montar.

(2) El vulgo habrá reído mucho en este pasaje, al acordarse de las grandes cejas de Querofonte y de la frente calva de Sócrates.

DISCÍP. Que en el mosquito el aire se cuela por un estrecho conducto; comprimiéndole allí violentamente el intestino, se infla y sale por detrás con estrépito.

ESTREPSÍADES. ¿Con que los mosquitos tienen atrás su trompetilla? ¡Admirablemente! El hombre que ve tan claro en materias semejantes, bien podrá hallar un medio para eludir las disposiciones de Témis.

DISCÍP. « Es un grande astrónomo. Estando la última noche ocupado en contemplar el cielo, con la boca abierta y los ojos fijos en la luna, una gata se colocó en el borde de una gotera, y desde allí hizo sus necesidades sobre la boca de Sócrates.

ESTREPSÍADES. A pesar del respeto que me inspira Sócrates, encuentro chistosísima la ocurrencia de esa gata.

DISCÍP. Ayer no teníamos con qué comprar la cena.

ESTREPSÍADES. ¿Y cómo se ingenió Sócrates en tal apuro?

DISCÍP. Formó un gancho en la punta de un palo flexible; extendió gravemente ceniza sobre una mesa; en seguida se puso á trazar figuras geométricas con el compas, y mientras todos se entretenían en mirarlas, robó con ayuda del gancho una capa que estaba colgada de la pared de la palestra (1).

ESTREPSÍADES. ¡Qué hombre tan hábil! ¡Y hay todavía quién admire el ingenio de Tales! Vamos, abrid; que quiero entrar cuanto antes en la escuela, y ver al gran Sócrates. Me abraso en deseos de aprender. Abridme la puerta. Pero... ¿qué animales son aquellos que creo distinguir?

DISCÍP. ¿Por qué ese estupor? ¿Á qué se parecen?

ESTREPSÍADES. Á los prisioneros lacedemonios de Pilas (2). ¿Y con qué objeto examinan la tierra?

DISCÍP. Tratan de buscar lo que contiene.

ESTREPSÍADES. Entonces buscan cebollas. Amigos, no os fatiguéis tanto; yo os diré dónde las hay grandes y excelentes. ¿Pero qué hace aquel que se ve á mas distancia?

DISCÍP. ¡Silencio! Es un raro ingenio que trata de descubrir los secretos del Ténaro.

ESTREPSÍADES. ¿Y por qué tiene el orificio vuelto al cielo?

DISCÍP. Está aprendiendo por sí mismo la astronomía. Pero entra, no sea que Sócrates salga y nos coja de improviso. Debes anticiparte.

ESTREPSÍADES. Antes quisiera hablar á estos sobre ciertas materias.

DISCÍP. Imposible. Les es intolerable permanecer tanto tiempo al aire libre.

(1) Quizá de la pared de una palestra cercana, en la cual la habían colgado los luchadores. El Escoliasta es de parecer que se finge que todo esto sucedió en la palestra misma, y que el poeta quiere decir que iba Sócrates con frecuencia á ella para ver á los muchachos.

(2) En el sétimo año de la guerra del Peloponeso, Cleon llevó á Atenas trescientos prisioneros lacedemonios de Pilas.

ESTREPSÍADES. ¡Por favor, decidme! ¿qué animal es aquel?

DISCÍP. La Astronomía.

ESTREPSÍADES. ¿Y este?

DISCÍP. La Geometría.

ESTREPSÍADES. ¿Para qué sirve?

DISCÍP. Para medir la tierra.

ESTREPSÍADES. ¿La que se distribuye al volver de la guerra (1)?

DISCÍP. No, sino la universal.

ESTREPSÍADES. Es un capricho verdaderamente popular y útil.

DISCÍP. Aquí tienes todo el circuito de la tierra. Esta es Atenas.

ESTREPSÍADES. Me admira lo que decís y no puedo creerlo, porque no veo el tribunal ni los jueces (2).

DISCÍP. Te he dicho la verdad. Este es el territorio del Ática.

ESTREPSÍADES. ¿Dónde están mis compatriotas de Cicine?

DISCÍP. Aquí, y allí está. Negroponto. ¿Ves? Es una isla de grande extensión.

ESTREPSÍADES. Sé muy bien que la trazamos (3) mal Pericles y nosotros. Pero ¿dónde está La-cedemonia?

DISCÍP. Mirala.

ESTREPSÍADES. ¡Cómo! ¡tan próxima á nosotros! Procurad de todos modos alejarla lo más que os sea dable.

DISCÍP. ¡Plugiuese al Cielo! pero no es posible.

ESTREPSÍADES. Tendréis, pues, que llorar. Decid, ¿qué es aquello que cuelga allá arriba dentro de una cesta (4)?

DISCÍP. El mismo.

ESTREPSÍADES. ¿Quién?

DISCÍP. Sócrates.

ESTREPSÍADES. ¡Eh, Sócrates! Id y llamadle con cuanta fuerza podáis.

DISCÍP. Llámale tú; en cuanto á mí, no tengo tiempo. (*Vase.*)

ESTREPSÍADES. ¡Eh, Sócrates, Sócrates!

SÓCRATES. ¿Quién me llama? Frágil y caduco mortal, ¿qué me quieres?

ESTREPSÍADES. ¡Eh, por favor! ¿qué hacéis ahí arriba colgado?

SÓCRATES. En esta cesta, que me sirve de silla, paseo por los aires y me divierto contemplando el sol.

(1) El territorio de las ciudades enemigas, que, después de haberlas tomado y echado de ellas á los antiguos habitantes, se distribuía á los Atenienses.

(2) Chiste contra la manía de los Atenienses por los tribunales; como si fuese carácter distintivo de Atenas el ver allí jueces reunidos en consistorio. En la *Paz*, Aristófanes dice: *No hacéis más que decidir litigios, Οὐδὲν γὰρ ἄλλα ὄρατε πλὴν δικάζετε*. Y en el *Icaromenipo* de Luciano, Menipo, mirando desde el cielo hácia la tierra, ve á los Atenienses aplicados á las causas, *καὶ ὁ Ἀθηναῖος ἐδικάζετο*. Léanse las *Anisetas* de Aristófanes.

(3) Alusión á la guerra del Peloponeso, en la cual Esparta estaba á la cabeza de los enemigos de Atenas.

(4) Para contemplar más de cerca las cosas celestes, Sócrates se ha colgado en una cesta, *κρεμάθρα*, propiamente un pequeño armario donde se ponían los restos de la mesa.



ESTREPS. Permitidme os diga que esa cesta fué inventada expresamente para burlarse (1) de los dioses; en el suelo estaríais algo mas cómodo.

SÓCRATES. ¡Ca! no me hables de la mansion terrestre, donde todo es ofuscacion y entorpecimiento para el espíritu. Desde que respiro un aire mas puro, suspendido en la azulada esfera, desprecio, exento de preocupaciones, la tierra y sus errores. La tierra es un mal vecino para el entendimiento; y como el berro embebe á su alrededor el mas sutil jugo, y lo que cada planta tiene de mas volátil, así hace la tierra con las inteligencias mas sábias.

ESTREPS. La tierra... es un berro... que atrae á sí el entendimiento... ¡Oh! ¡y qué bien dicho que está! Bajad, divino Sócrates, para enseñarme las cosas que he venido expresamente á aprender aquí.

SÓCRATES. ¿Qué cosas son esas?

ESTREPS. Quiero aprender la retórica, pues estoy lleno de deudas. Apremiado, molestado, perseguido por usureros y acreedores indiscretísimos, no sé cómo salir del apuro, y vengo á que vos me enseñéis algun medio.

SÓCRATES. ¡Desgraciado! Y ¿qué es lo que ha podido arruinaros hasta ese extremo?

ESTREPS. Un mal de los mas terribles, llamado la hipomanía. Pero vos poseéis, segun me dicen, *medios* siempre prontos, y yo desearia aprender el *medio* que liberta para siempre de pensar en pagar lo que se debe. Si me enseñáis ese medio, os juro por los dioses que os recompensaré bien.

SÓCRATES. ¿Por cuáles dioses juras? Pues yo no conozco esos dioses que adora el vulgo.

ESTREPS. ¿Y por cuáles juráis vos? ¿Por las monedas de hierro, como suelen hacer los Bizantinos (2)?

SÓCRATES. ¿Quieres conocer sin ningun velo las cosas celestes, y comprender bien su esencia?

ESTREPS. ¡Sí, por Júpiter! con tal que exista.

SÓCRATES. ¿Quieres saber qué dioses son los que nosotros veneramos?

ESTREPS. Sí, sí; si es posible.

SÓCRATES. ¿Verles y oír sus sagradas conversaciones?

ESTREPS. Tales son mis ardientes votos.

SÓCRATES. En ese caso, vé á sentarte en aquel banco místico.

ESTREPS. Ya lo estoy. ¿Qué mas?

SÓCRATES. Corona tu cabeza con estas flores.

ESTREPS. ¡Coronarme! ¿Para qué? ¿De qué fiesta se trata? ¿Me váis á inmolar como un segundo Atamante (3)?

(1) Tambien aquí se pierde la anfibología del griego *περιφρονῶ*, y *ὑπερφρονῶ*, que indica contemplar y despreciar.

(2) Chanza derivada del nombre *νόμισμα*, moneda, adoptado por Sócrates.

(3) Alusión á una tragedia de Sófoles, que llevaba este título.

SÓCRATES. No, sino que esto es lo que acostumbra hacer todos los iniciados.

ESTREPS. ¿Y qué utilidad reportaré de ello?

SÓCRATES. Cada vez que hables, serás tritura, crótalo, flor de harina. Pero, no te muevas, de ahí, y no temas.

ESTREPS. Decís verdad; pues polvoreado de este modo me convertiré (1) en flor de harina y polvo.

SÓCRATES. Callate, caduco viejo, y oye con atención la sagrada súplica. — ¡Aire infinito, que todo lo comprendes; tú, que riges la tierra suspendida en tu seno! Éter puro (2), de quién el cielo recibe de uno á otro extremo su luz constante! Y vosotros, cuyo efecto es tan rápido, dioses que reconocen Sócrates y Querefonte, temibles nubes, acudid á mi llamamiento! ¡Madres de los huracanes, del trueno y del rayo! un nuevo prosélito os invoca; venid, y recompensad su celo, mostrándoos á sus ojos.

ESTREPS. Aguardad un instante. ¡Dioses! ¿El cielo va á derretirse en agua? Dejad que me cubra la cabeza con esta capa doblada; no preveía esta tempestad y ni siquiera traje sombrero.

SÓCRATES. ¡Acudid, veloces diosas! y condescended con nuestros ardientes deseos. Sea que el anciano Nereo os tenga al lado de las Hespérides formando danzas en sus húmedas grutas; sea que estéis entregadas al reposo en las nevadas cimas del Olimpo; sea que tengáis que abandonar la laguna Meótides ó la áspera roca de Mimante; sea que llevéis vuestras urnas de oro á los claros manantiales del Nilo; ¡oh dioses! renunciad á todo por el Ática, y no despreciéis esta pública ofrenda.

#### CORO DE LAS NUBES (3).

¡Divinidades eternas, corramos, corramos! Abandonemos el sagrado retiro del Océano, y mostremos á los hombres inmortales bellezas. Harto tiempo nos ha ocultado en su seno nuestro padre, y hoy Sócrates nos llama para que recibamos nuevos honores. Sentadas en las alas de los vientos, dirijamos nuestras errantes miradas á los inmensos y floridos campos, á las cascadas, á los altos montes, al tempestuoso mar y sus espumosas olas. El Sol, ojo del universo, agente infatigable, continuando su curso diario, esparce viva luz. Dejémosle disipar con su terso brillo el velo que nos rodea, para que el mortal nos contemple y se llene de asombro.

(1) Es de parecer el Escoliasta que en este punto Sócrates salpicó con harina á Estrepsíades, como solía hacerse con las víctimas.

(2) El aire, origen de las cosas: doctrina jónica.

(3) Prueba del mecanismo de los teatros antiguos. Las nubes aparecían en el aire en forma de mujeres, con máscaras de enormes narices, y semejantes en la parte inferior á copos de lana, *ἔρια πεπταμένα*.

SÓCRATES. ¡Oh vosotras, grandes divinidades, que veo ahora al descubierto, recibid nuestros homenajes; y tú ¿no oyes, al traves del huracan, la inefable armonía de sus voces (1).

ESTREPS. Sí que la oigo. ¡Cielo! la tempestad se aumenta. ¡Oh dioses, cuyo aspecto me aterra! perdonadme, si el miedo que en mí se abriga os falta al respeto, y responde á los truenos con un ruido poco decente.

SÓCRATES. Nada de burlas; quédese eso para los que se embadurnan el rostro con heces (2). En cuanto á ti, celebra esta brillante corte, pues á las divinidades gusta de oír que se las ensalce.

CORO. Virgenes, que esparcís de vuestro seno cristanlinas aguas, dáos prisa á entrar en la ciudad de Minerva, donde se conserva aun la memoria de Cécrope, amigo de los dioses. Allí se celebran sagrados misterios que cubre con su silencio la noche; allí los templos ofrecen á la vista el brillo de la opulencia; allí los mortales honran á los dioses con frecuentes regalos. ¡Cuántos altares magníficos! ¡Cuántas hermosas estatuas! ¡Acudid, celestes nubes, á esta divina mansion! No habréis presenciado nunca mayor número de sacrificios; por todas partes encontraréis festines y banquetes; donde quiera se glorifica aquí al gran Baco; estas danzas y estos cantos celebran sus beneficios; las Musas consagran su victoria con estos juegos.

ESTREPS. En nombre de Júpiter ¡decidme, oh Sócrates! ¿quién son esas mujeres que discurren tan bien? ¿Son heroínas?

SÓCRATES. No. Son las nubes celestes, las deidades de los hombres perezosos. Á ellas debo estos discursos capciosos, estas palabras frecuentemente desnudas de sentido, estas definiciones de los dioses que solo admite la secta; estos fastuosos preámbulos; estas paradojas, y estas graves quimeras que nuestro descaro ha convertido en misterios.

ESTREPS. Mi alma, al oír su voz, se ha estremecido de alegría y de esperanza; y á cada instante siento crecer la impaciencia de aprender en su escuela á burlarme de las leyes. ¡Oh! ¿Cuándo sabré esos grandes secretos que forman vuestra ciencia? ¿Cuándo podré, armado de argumentos sutiles, embrollar la jurisprudencia, disputar y glosar categóricamente sobre el humo, ó bien sobre la pata de una mosca; contradecir en todo, y siempre con la prueba en la boca; vencer á la razon por medio del racionio? ¡Cuánto amor, cuántas caricias os deberé si me mostráis esas poderosas divinidades!

SÓCRATES. Dirige la vista á la izquierda del

monte Barneto. ¿No las ves acercarse lentamente hácia nosotros?

ESTREPS. ¿Dónde están? Por favor mostrádmelas.

SÓCRATES. Miralas; allí vienen en tropel oblicuamente, y pasan por valles y bosques.

ESTREPS. ¿Pero... si no las distingo?

SÓCRATES. Ya van á entrar.

ESTREPS. Ahora alcanzo á verlas un poco.

SÓCRATES. Pues deberias verlas muy bien, á no tener legañas en los ojos.

ESTREPS. ¡Por Júpiter! sí, ya las veo. ¡Oh venerables nubes! ¡Cómo van llenando estos sitios!

SÓCRATES. ¿Tú no sabías, pues, que esas eran grandes deidades?

ESTREPS. Antes de ahora á la verdad tomaba todo eso por nieblas, rocío, sombras.

SÓCRATES. Ignorabas de consiguiente que ellas son las que alimentan á muchos sofistas, á los agoreros de Turio (1), médicos, holgazanes, adornados con el título de filósofos, cantores afeminados, ditirámicos vanos mas oscuros que sus estrofas; sin embargo, tales son sus discípulos queridos.

Cambian de forma, segun les agrada, y cuando ven alguno de esos hombres selváticos, con el pecho velludo, la mirada insultante y los cabellos espesos, semejantes al hijo de Jenofanto (2), se rien de su insano furor, y toman la figura de centauro.

ESTREPS. Y si casualmente viesen á Simon, que asesinó el erario público (3) con sus dilapidaciones, ¿qué aspecto tomarian entónces?

SÓCRATES. Á la vista de esas manos rapaces, se convertirian en voraces lobos.

ESTREPS. Entiendo; por lo mismo que se trasformaron en ciervos al ver á Cleonimo (4), inerme, fugitivo, modelo de cobardía, célebre entre todos los infames.

SÓCRATES. Y en mujeres, al ver á Clístenes.

Aquí Sócrates, explicando cómo se forman las nubes y los otros meteoros, razona segun el sistema de la filosofía jónica; niega que Júpiter eche rayos á los reyes, hablando de este y aquel que no fueron castigados, al paso que al contrario lanzó rayos contra el templo de Juno y las encinas.

CORO. ¡Oh hombre, que por nosotros deseaste con tanto ardor adquirir tan alto grado de sabidurías! serás considerado como muy di-

(1) Alusión á la colonia fundada en el sitio de la antigua Sibari, que era el país del agorero Lampon, capitan y director de aquella; y ademas á los muchos pronósticos que sobre ella habian hecho los que tenian su interes en que se propagarán.

(2) Jerónimo, poeta ditirámico y amigo de niños.

(3) Sofista y ladrón.

(4) Cleonimo es acusado á menudo por Aristófanes de vil, afeminado, perjuro, gloton. Véase especialmente la *Paz*.

(1) El Escoliasta nos dice que para imitar el ruido del trueno, los Griegos en el teatro sacudían piedras y hierros en un gran vaso de bronce, llamado *βρονταῖον*.

(2) Esto es, los cómicos que se tenían el rostro con heces de vino, ántes que se inventasen las máscaras.



choso por los Atenienses y los Griegos, si conservas en tu corazón la memoria, el estudio y la paciencia; si no te cansas de estar en pie y andar; si no tienes mucho horror al frío, y no te aprieta el hambre; si te abstienes del vino, de los gimnasios (1), y demás tonterías; y si, como sienta á un hombre sabio, crees que la mejor cosa es vencer con el trabajo y los consejos, y luchar con la lengua.

ESTREPS. Si buscáis una persona acostumbrada desde la infancia al trabajo, á la paciencia, y sobre todo á lo frugalidad, en mí la encontraréis. La espalda doblaré gustoso, cuando queráis, como el yunque bajo el martillo.

SÓCRATES. Al grano. ¿Te resuelves á no adorar de hoy en adelante mas divinidades que las que nosotros adoramos, á saber: el caos, la elocuencia y las nubes?

ESTREPS. Sin vacilar, me resuelvo á ello. Esos serán mis dioses; en cuanto á los demás, figurásemme que los vería frente á frente, sin sacrificarles ninguna víctima, ni ofrecerles la menor libación, ni el mínimo átomo de incienso.

CORO. ¡Oh adorador nuestro! harémos por tí cualquier cosa. ¿Qué es lo que pretendes?

ESTREPS. Una bagatela. Quisiera únicamente sobrepajar en elocuencia á los mas hábiles Griegos que se hayan oído en todos tiempos.

CORO. ¡Oh! tus deseos quedarán cumplidos: arenga al pueblo de Atenas, y que tu voz decida de su suerte.

ESTREPS. No es esa ambición la que me ha traído aquí. Lo que quiero de vosotros es que me enseñéis á corromper la justicia, cuyo rigor me molesta, y á pagar con palabra á mis acreedores.

CORO. Concedido, pues no deseas cosas difíciles. Alégrate y ten buen ánimo, sin mas que dejarte guiar por nuestros leales servidores.

ESTREPS. Así haré confiado en vosotros: pues me encuentro en grande apuro á causa de los caballos Copatios y del matrimonio, origen de mi ruina.

ESTREPS (solo). Dispongan de mí estos sabios mortales segun sea de su agrado: la sed, el hambre, el frío, los golpes, nada me asusta con tal que logre libertarme de acreedores. Me llamarán atrevido, lenguaraz, temerario, presuntuoso, petulante, inventor de cuentos, falsario, zorro viejo, crótalo, hombre de dos caras; nada me imponen esas palabrotas. Todo eso es preferible á tener que pagar deudas.

Sócrates empieza entonces á instruir á Estrepsíades en el arte, despues le conduce para la iniciación, y en seguida viene la parábasis, ó sea pasaje, en que el coro se dirige á los espectadores, discurrendo sobre esta comedia y las anteriores del poeta, y recomendándole á su

(1) De los ejercicios gimnásticos, que formaban una parte muy grande de la antigua educación ateniense.

juicio; larga digresión mezclada de canto, despues de la cual Sócrates reaparece, y se queja de la torpeza de Estrepsíades, que nada adelantaba. Interrogándole, le coge en continuos yerros de gramática y lógica; no consigue, por mas que medita, hacerle encontrar un feliz recurso para pagar ó alejar á los acreedores, y concluye proponiéndole que le envíe en lugar suyo á su hijo con objeto de instruirle.

Estrepsíades va, pues, á su casa, y no habiendo aprendido mas que un poco de impiedad, dice á su hijo:

« Por las nubes juro que saldrás de aquí; vé á roer las columnas de Megacles (1). »

FIDÍPIDES. ¿Qué escucho? ¡Oh, el mas digno de lástima entre todos los ancianos! ¡Vuestro entendimiento está enfermo, por Júpiter Olímpico!

ESTREPS. ¡Otra vez te sales con tu Júpiter! ¿Estás loco? ¿Conoces un hombre cuya credulidad llegue al extremo de creer que exista ese Júpiter?

FIDÍPIDES. ¿Es ridículo creer en el rey de los dioses, que puede...

ESTREPS. Patrañas, que desprecia el hombre pensador, y que solo sirven para divertir á los viejos y á los niños. Abandónala esas quimeras, y ven á aprender de mí grandes y verdaderos misterios. Sobre todo no los comuniqués al resto de los mortales.

FIDÍP. Aquí me tenéis, decid.

ESTREPS. No acabas de jurar por Júpiter Olímpico?

FIDÍP. Sí.

ESTREPS. Pues ahora verás qué bueno es instruirse. Mi querido Fidípides, no existe semejante Júpiter.

FIDÍP. Entonces ¿quién manda en el cielo?

ESTREPS. El torbellino, que arrojó de allí á Júpiter.

FIDÍP. ¡Cuentos!

ESTREPS. No, sino verdad.

FIDÍP. ¿Quién os lo ha dicho?

ESTREPS. Sócrates de Mélos (2) y Querofonte, que saben medir hasta los pasos de una pulga.

FIDÍP. ¿Y es posible que seáis tan sencillo, tan cándido, que hagáis caso de esos fanáticos?

ESTREPS. Hijo mio, mira bien cómo hablas. Sabe que esos hombres son tan enemigos de lo superfluo que ninguno de ellos se ha presentado jamás en el baño, ni se ha perfumado ni hecho afeitarse. ¡Qué ejemplo para tí, que, pródigo hasta rayar en locura, no ponés dique al mas vano fausto, me devoras vivo, y pretendes... Querido hijo, aun es tiempo; sígueme, y sé, por amor á mí, solícito en aprender.

FIDÍP. ¿Y qué cosas útiles enseñan?

ESTREPS. Todo, hijo mio: dan maduros

(1) Las columnas de la casa; pues todo lo que había quedado del patrimonio de aquel patricio se había ido en humo.  
(2) Esto es, el Ateo, como Diágoras de Mélos.

consejos é inventan recursos excelentes. No te figures que hay exageración en mis palabras. Ven á oírles por un momento, y convendrás en que á su lado eres un tonto y un ignorante. Aguárdame aquí unos cuantos minutos.

FIDÍP. ¡Ay de mí! ¿qué he de hacer, cuando así delira mi pobre padre? ¿Le citaré ante los jueces, para que le declaren loco, ó bien le entregaré á los médicos, para que muera mas pronto?

ESTREPS. Obedéceme, pues. Venid acá ¡oh Sócrates! que os traigo á mi hijo, aunque contra su voluntad.

SÓCRATES. Tu hijo tiene aire de novicio, completamente ajeno á las nobles regiones donde vivo colgado.

FIDÍP. ¡Ojalá tú lo seas pronto, y bien!

ESTREPS. ¡Qué enorme blasfemia, hijo mio! ¿Cómo te atreves á dirigir contra tu maestro tales impropiedades?

SÓCRATES. ¡Qué furia superflua, qué contorsiones para desear que un día se me ahorque! ¿Cómo es posible que un chico por el estilo, á quien cuesta trabajo pronunciar cuatro palabras seguidas, logre burlar las persecuciones de Témis y probar, si es necesario, que lo justo es injusto? Sin embargo, sin este arte todos los demás artes son frívolos; á él debe todos sus triunfos Hipérbolo (1), el cual se formó en nuestra escuela, pagando á peso de oro muchas útiles palabras.

ESTREPS. Haced igual favor á este adolescente; figurásemme que en lo esencial quedaréis contento. No obstante su tierna edad, si viese un buque en la rada ó un carro en el paseo, os los dibujaría perfectamente; no hay corteza de granado que no sepa convertir en rana. Dignáos enseñarle, lo mas pronto posible, esos dos medios famosos, el hablar justo y el hablar injusto; y si la pretensión es excesiva, á lo ménos el último medio.

SÓCRATES. Ambos van á presentarse á sus ojos, que elija. (Vase)

ESTREPS. Te dejó con ellos. Procura sobre todo conocer á fondo los recursos con que cuenta el hablar injusto para triunfar del justo.

#### HABLAR JUSTO, HABLAR INJUSTO, CORO.

JUSTO. Acércate; aquí es donde debes comparecer, si tu descaro se atreve á tanto.

INJUSTO. Iré gustoso adonde se quiera, y tal vez consiga que de tí se burlen todos.

JUSTO. ¿Tú? ¿Y quién eres tú?

INJUSTO. Soy un ente que habla, y que nunca se callará en tu presencia.

JUSTO. Eres inferior á mí.

INJUSTO. No importa. Pretendo atacarte y vencerte.

JUSTO. ¿De dónde nace tanta osadía y presunción?

(1) Orador demagogo de Atenas.

INJUSTO. De la confianza en mi talento inventivo, origen de una nueva y fecunda lógica.

JUSTO. ¿Y á no ser en algunos necios, dime, en quién influye tu lógica?

INJUSTO. Sobre todo el que oye con prudencia y sin prevención.

JUSTO. Te voy á confundir pronto.

INJUSTO. ¿Cómo?

JUSTO. Hablando conforme prescribe la razón y el derecho.

INJUSTO. Y yo te contestaré y probaré, que no dices nada de bueno: haré ver que la Justicia es un mero nombre.

JUSTO. ¿Niegas su existencia?

INJUSTO. Creeré en ella, si me indicas dónde reside.

JUSTO. En la morada de los dioses.

INJUSTO. ¿Qué es lo que hablas? En tal caso ¿cómo no castiga á Júpiter, por haber abrumado de cadenas á Saturno, su anciano padre?

Estos dos singularísimos personajes, el hablar justo y el hablar injusto, tan extraños, que Ana Dacier los convirtió malamente en Justicia é Injusticia, se lanzan injurias, luego aspiran á porfía á educar al joven Fidípides, y por eso menciona cada cual sus méritos, ó sea la comparación de Atenas cuando estaba gobernada por la justicia, con el tiempo de los sofistas y los demagogos.

JUSTO. Voy, pues, á trazar el cuadro de la antigua disciplina, que entre vosotros fué atacada por mi influjo, cuando las leyes tenían vigor y en ellas se apoyaban la decencia y la sana doctrina. Era entonces un fenómeno quizá único oír á un joven meramente respirar. Los hijos de la República estaban obligados á asistir desde por la mañana, juntos, y en derechura, á las lecciones de música; y todos llevaban vestidos muy ligeros aunque nevase á copos. En casa del maestro cantaban á compas, con aspecto firme y tono tranquilo, y sin acercarse los unos á los otros. El asunto era una vez la temible armadura de Pálas, otras las hazañas de los mas antiguos guerreros. Atenas seguía á la sazón los estatutos de sus padres. Si á alguno se le ocurría afeminar la voz, ó cantar en falsete, como sucede con Frínis, un vigilante censor le corregía, empleando al afecto severas penas, y vengaba inmediatamente con veinte azotes la afrenta hecha á las musas guerreras. Al estudio de las demás artes dedicaron iguales cuidados. La mas rígida honradez no les abandonaba jamás, y nunca se les acusó de los menores extravíos; todo en ellos era casto, hasta la miradas. Como se sabía que la clase de alimento puede influir sobre la modestia, se consultaba atentamente el temperamento de cada uno. Los rábanos estaban desterrados de sus comidas, así como el anís y el perejil (1), cuyo uso se permitía solo á los ancianos. Ignoración?

(1) Yerbas cálidas, y mas convenientes á los ancianos que á los jovencitos.